

POESÍA Y FESTÍN

WINE AND FEAST

Rosales Alvarado, Edixio Antonio*
Universidad del Zulia.
Venezuela

Resumen

Atilio Storey Richardson de una obra poética breve, expresada en su libro “Vino para el festín”, sigue siendo una de las voces más clara y de bella resonancia, entre los miembros fundadores del grupo literario Apocalipsis, movimiento poético que introdujo el surrealismo en Maracaibo (1955). Muchas fábulas se tejen en torno a su personalidad, a su vida. Algunos elementos de ella se filtran a través de su poesía, siempre un canto abierto a lo maravilloso, al sueño. Este trabajo intenta, a través de una lectura pausada y profunda de cada uno de sus poemas, develar la melodía no escuchada, a la que alude el gran poeta inglés John Keats en su oda sobre una urna griega (“dulces las melodías si fueran escuchadas /pero mucho más dulce las no oídas”); porque ella nos permite acceder a los confines de lo particular del mundo que queremos aprehender o construir.

Palabras claves: poesía, surrealismo, festín, vino, amor, cantar.

Abstract

Atilio Storey Richardson (ASR), whose poetic work is collected in one slim volume titled “Wine for the Feast,” remains one of the most harmonious and appealing voices of Apocalipsis, the Maracaibo-based literary movement purported to have introduced (1955) surrealism in the city. Numerous legends continue to circulate about his life and personality, of which some are discernible in his verse consistently infused with wonder and dream. The English poet John Keats, in his Ode on a Grecian Urn, affirmed: Heard melodies are sweet, but those unheard Are sweeter. In this article, I intend, through scrupulous examination of each of ASR’s poems, to bring up the unheard melodies of his poetry.

Key words: poetry, surrealism, feast, wine, love, unheard melodies

*Doctor en Ciencias Humana, mención Matemáticas Aplicadas por la Facultad de Humanidades de la Universidad del Zulia. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5764-928X> / Correo: edixorosales@gmail.com

Recibido: 23/04/2026 / **Aceptado:** 30/05/2026

Poesía y Festín

“Al poeta no se le puede disculpar nada, ni siquiera su muerte. / Y sin embargo en su peligrosa existencia / están siempre de más, por decirlo así, / determinados signos. Y en ellos / no la perfección, de veras que no, aunque fuera el mismo paraíso, / sino la verdad, aunque tuviera que serlo el mismo infierno” (Holan, 1970, p.77), expresará en *Avanzando el poeta* polaco Holan (1970); y cómo tienen significación para nosotros estas palabras, cuando observamos la vida de Atilio Storey Richardson, quien fuera un niño prodigio tocando el violín, un inquietante viajero que recibiría un escupitajo en pleno corazón de Manhattan, por la única razón de ser negro, y sobre todo el poeta que aceptaría gozoso la muerte al prenderse fuego como lo hacen a menudo algunos irreverentes monjes budistas.

Autor de una obra corta, reducida apenas a 23 poemas intensos y hermosos, recogidos en su libro *“Vino para el festín”* (2005), y de una obra crítica dispersa en periódicos y revistas, Storey (2005) se erige en un poeta silencioso, severo en cada verso que cultiva, donde el arte y la vida parecen dársele en plena unidad.

Si alguna afinidad encontramos entre el poeta Aranguibel Egui autor de un hermosos libro llamado *“La distante comarca”* (1976), y Storey (2005), es el acercamiento de --ambos a lo maravilloso, con el propósito de presentarnos rasgos de lo mágico que la realidad presenta al ser observada bajo la mirada de lo poético, como también la misma disposición ante el asombro, que de lo paradisiaco dicen sus palabras reveladoras: “¿Y preguntáis ahora por qué la tarde cuelga de sus aleros / esa diafanidad de gansos parecidos al resplandor de la neblina?” (Storey, 2005, p.26)

Si en el primero de los escritores mencionados, se da un gozo por el lenguaje que construye espacios y silencios, en el otro la musicalidad es un fluir permanente

que nos lleva de la mano a la ternura. Recordemos que Storey (2005) era un músico que ejecutaba el violín y estaba impregnado de los preludios de Debussy. Dos poemas expresan explícitamente este connubio con lo musical. En el poema *“El festín de la hierba”* (Storey, 2005, p.34), es el lenguaje del cuerpo, el signo erótico de la mujer, la que azuza los lebreles ocultos del deseo, el verdadero preludio a la que aspira el poeta, en medio de la noche cómplice que observa a través de la luz de las estrellas, esa musicalidad a la que incluso aspiran las cigarras: “No pienses en Debussy. / Déjame improvisar otro preludio / sobre tu cuerpo. / La noche ha desplegado su ternura de fondo. / Los grillos no esperaban / este hermoso concierto” (Storey, 2005, p.34). En *“Letras para un preludio de Debussy”* (Storey, 2005, p.37), es la melancolía la que impregna al poema; los acordes rotos insinúan el abandono en el que ha caído el artista, en medio de una ciudad que lo acecha y lo persigue como a un hijo extranjero: “Una ciudad persigue / desde entonces mis pasos. / Asedia mi memoria, / fulmina su fulgor / mis tristes oquedades” (Storey, 2005, p.37).

“Los sonetos de Chenda” (Storey, 2005, p.23), constituyen el núcleo clásico de una poesía que, acude a la métrica, para expresar la libertad más melodiosa. Al igual que en otros poemas que abarcan su obra, Storey (2005) evoca las figuras femeninas, tan arraigadas a sus visiones de amante, con las cuales establece un diálogo ante un ajedrez inconstante, que él termina por derribar al ser incomprendido: “Visteis tan sólo ayer el aterido / bosque de heroicidad de un muerto clave / Violín de soledad donde no cabe / sino del duro fulgor del malherido” (Storey, 2005, p.23). Chenda es la musa que hace que el artista rompa su vocación de asceta y se acerque a esos olores, los cuales provienen de la piel de aquella que, impregna las mañanas que surgen de la fe naciente del poeta:” Canto del Buen Amor, si su silueta // Rompiera así el retiro asceta, / Todo tendría el amor azucarado / De una aurora naciente en el arado / De un falso girasol. Y en la meseta

// donde su frente doble mis campanas” (Storey, 2005, p.23).

Compartimos la idea de Valmore Rodríguez Arteaga en su prólogo a *“Vino para el festín”* (2005), quien señala el carácter distintivo de este poema, el cual expresa un mundo diferente, que se va formando en cada verso de sonoridad infinita y de gran trascendencia lírica, que marcaría un hito dentro de la literatura regional, plagada de tantos sonetistas “trasnochados y mediocres” (Medina, 1988, p.23).

La poesía amorosa constituirá el núcleo de una obra que busca en la mujer su trascendencia, y nos traerá reminiscencia de ese canto, medio ardiente, medio espiritual, que representa *“El cantar de los cantares”* (De León, 1981), cuyo sentido poético expresa la dialéctica de la ausencia y la presencia de los amantes, quienes a través de un diálogo amoroso, van tejiendo la guirnalda del canto, los elogios que se prodigan uno al otro, como en una hermosa contienda, donde ambos, esposo y esposa se dan mutuamente alcance en esa búsqueda permanente del deseo.

Storey (2005) evoca estas lecturas orientales y matiza sus textos con la fina y exótica sonoridad que de ellos procede: “Te he amado bajo la lluvia. / De tu cabello ruedan pájaros dulces, hilillos de sangre más dulces, / que tu propia ternura. // La lluvia nos moja el rostro / y tu sonríes / y quisieras correr / como en esas leyendas orientales / que deposito sobre tu sombra / cuando anochece / y todo el canto del bosque se oculta / para que salgan las primeras estrellas” (Storey, 2005, p.30).

Al igual que en *“El Cantar de los Cantares”* (De León, 1981), donde el sabio Salomón presenta momentos de abismos y de transida soledad que alcanza a los amantes: “Yo abrí a mi amado, y mi amado se había ido y se había pasado. Mi ánima se me salió al hablar de él; busquéle y no le hallé, llaméle y no respondió” (De León, 1981, p.209); Storey (2005) expresa con igual fulgor, ese desamparo que siente al evocar

la amada en la memoria, cuya presencia es apenas sombra que recorre los muros, alegría inicial de la belleza que refleja la caída, lo que sucumbe y lo quimérico: “En la tarde sucumben sin piedad las colinas. / Sólo queda el follaje de frustradas quimeras. / Sólo queda en la tarde esta lenta madera / que tal vez pertenece a un antiguo navío” (Storey, 2005, p.31).

Conocí a Atilio Storey Richardson a mediados de los ochenta, quien tenía una personalidad callada, pero una conversación dulce. De formación surrealista, de quienes heredó ese gozo por lo maravilloso y los mundos alucinados y mágicos, al igual que el humor, lo que denominó Aldo Pellegrini “la manifestación más neta del disconformismo” (Pellegrini, 2006, p.27), el poeta a través de un lenguaje radical e irónico, se burla de esos personajes llamados revolucionarios, que se hacen del poder enarbolando las banderas de la utopía del gobierno social, pero que en la práctica devienen en burócratas y repartidores de cargos para privilegiar a unos pocos. A estos los desenmascara el autor a través de un poema que tiene el germen de la perfecta ironía: “Subieron al calvario / y miraron a Cristo / y se pusieron en cuclillas / para jugar con más comodidad / y echaron a los dados / la túnica de Cristo / y se la repartieron / y todo lo demás / y cayeron a sacos / sobre las universidades / y repartieron todo: / las becas, / los cargos, / los ascensos / y se echaron incienso / y se miraron de reojo / magníficos / en sus falso espejos” (Storey, 2005, p.38).

No podía faltar la madre como figura primigenia, acuosa y sagrada en la poesía de Storey (2005); aquella que con su voz (o verbo creador), da comienzo a imágenes que van configurando el libro del autor. Por eso es certero decir que “la madre es el inicio de todo, la vida y la poesía” (Storey, 2005, p.6), como también la que percibe la llegada de la lluvia y “el aleteo de las cigarras / sobre los frutos de la aurora” (Storey, 2005, p.21). Esta reverencia a lo que la madre dice, Storey (2005) la resume en tres momentos

estelares del poema que da inicio a su obra, los cuales sucintamente expresan la necesidad de arraigarse a los árboles, el más bello símbolo de la feminidad: “Sacude los árboles, bésale sus raíces / y se generoso como la soledad” (Storey, 2005, pág.21); acercarse a la ternura, intentando comprender el lenguaje de los pájaros y la tristeza de los animales domésticos: “Ve a medianoche, apacienta a los animales tristes / y pregunta a los pájaros / por el duende que fabrica flautas en la arena” (Storey, 2005, p.21); y finalmente calmar la sed que le permita sobrevivir bajo los avatares del cielo: “Calla hijo, calma tu sed / y usa el vino que derraman los caracoles en las playas / porque los días son escasos” (Storey, 2005, p.21). Termina el poema resaltando la profundidad de la mirada de la madre que ama.

Atilio Storey Richardson fue miembro fundador del grupo Apocalipsis, que se fundó en Maracaibo en el año 1955, de clara tendencia surrealista y que surge ante el disconformismo de unos jóvenes intelectuales, por la poesía decadente y expresada en una métrica de tipo fundamentalmente laudatoria que se cultivaba para ese momento en la ciudad; y cuyos fundamentos estéticos valoran la imaginación, la fantasía y los sueños, como mecanismos certeros de la transformación espiritual del hombre. Personalidades de la talla de César David Rincón, Hesnor Rivera, Néstor Leal, Ignacio de la Cruz, Laureano Sánchez, Miyó Vestrini y Régulo Villegas, hicieron posible la aparición de este movimiento literario de gran repercusión nacional, que se dio a conocer en la capital, con la aparición de una antología de sus textos, preparada y prologada por Félix Guzmán en la revista Cultura Universitario en su número 59; como también a través de una selección de textos publicados en un ejemplar del diario El Nacional del año 1957, atribuida al ensayista Mariano Picón Salas, de quien se conocen elogiosos comentarios sobre la calidad literaria del grupo. En el año 1924 se fundó el Movimiento Surrealista francés, por escritores como André Breton, Philippe Soupault, Raymond Queneau, Paul Eluard, entre otros; quienes a través de una

escritura desconcertante y de inclinaciones a lo maravilloso y al humor que desacraliza “los ritos de la ciencia y la falsa seguridad del mundo que nos rodea” (Pellegrini, 2006, p.37), influyeron en el ideario poético de Atilio Storey, quien desde una perspectiva propia, a través del amor, la música y la amistad nos acercó a la esencia de lo imperecedero.

Referencias bibliográficas:

- Añez Medina, A (1988): *La poesía de Atilio Storey Richardson*. Revista Puerta de Agua, pp.22-24. Secretaría de Cultura del Estado Zulia.
- De León, F. L (1981): *Obra poética completa*. Libros Río Nuevo, S. A. Barcelona
- Holan, V. (1970): *Una noche con Hamlet y otros poemas*. Barral Editores. Barcelona.
- Pellegrini, A. (“2006): *Antología de la poesía surrealista*. Editorial Argonauta. Buenos Aires.
- Storey Richardson, A. (2005): *Vino para el festín*. Universidad Católica Cecilio Acosta. Colección 50 años del grupo Apocalipsis. Maracaibo.